

Notas sobre feminismo, paz y Ahotsak

Juana Aranguren Rica

En abril de 2006 se presentaba en sociedad una iniciativa pionera en el contexto vasco, la plataforma Ahotsak,^[1] con motivo de su constitución me he detenido a pensar sobre las relaciones históricas entre el feminismo y el pacifismo, algunas aportaciones teóricas en relación a las violencias pública y privada y también sobre experiencias feministas vascas.

Las reflexiones sobre el pacifismo y el feminismo no han avanzado mucho en el terreno de la teoría feminista. Decía Amelia Valcárcel que las feministas hemos desarrollado la idea esencialista de Antígona (heroína griega) que afirmaba: «Yo no he sido hecha para la guerra sino para el amor». Añade Valcárcel, que las feministas hemos decidido ser pacifistas, al elegir no ejercer «nuestro derecho al mal», es decir, no es que seamos pacíficas «por naturaleza» sino porque hemos decidido resolver los conflictos mediante el uso del diálogo y la negociación y la renuncia al uso de la fuerza. Para ello aportamos nuestra experiencia vital en el desempeño de las tareas de cuidado, las cuales nos han sido asignadas, por la división sexual del trabajo.

Quizá, y a pesar de todas las críticas a los planteamientos pacifistas por esencialistas — identificación de las mujeres con la naturaleza, con el bien y la paz— son los movimientos de mujeres pacifistas los que demuestran a lo largo de nuestra historia que hemos trabajado y podemos seguir haciéndolo en la construcción de la paz. Aunque se dé la paradoja de que estando excluidas del mundo de lo público podamos —ejerciendo nuestra incipiente ciudadanía, la que nos ha permitido adquirir el feminismo— contribuir a la construcción de la paz, elaborando nuestras alternativas. La experiencia histórica de las mujeres, basada en la no participación directa en los conflictos armados y en la exclusión de la fuerza, es imprescindible para la resolución de los conflictos, incluido el vasco.

Como dicen las feministas bolivianas, «Cuidado con el presente que construyes, se tiene que parecer al futuro que sueñas».

Nuestro papel es clave por ser la ideología feminista la que puede vertebrar un movimiento autónomo de mujeres en el País Vasco, porque nosotras no seremos pacíficas por naturaleza, pero somos las más interesadas en desterrar la violencia, por ser las más perjudicadas, porque afecta a todos los ámbitos de nuestra vida, porque necesitamos de la paz en lo público, pero también en lo privado (Martínez, 1999: 8).

Nexo entre violencia pública y privada y posiciones feministas

Ha existido una posición en el feminismo que identificaba hombres con violencia y mujeres con paz, sin embargo se han realizado críticas desde otra parte del pensamiento feminista contra la distinción de esas dos categorías: hombres violentos versus mujeres pacíficas.

Sin embargo, como afirmaba Carrie L. Hamilton (1998) en unas jornadas organizadas por PLAZANDREOK,^[2] reconocer que los hombres no son naturalmente violentos, ni las mujeres pacíficas por naturaleza, no equivale a negar una evidente relación entre una

ideología masculinista agresiva y ciertas formas de violencia. Analizaba esta autora tres elementos de la violencia política que demuestran su relación con el género: la que se ejerce contra la mujer, la incidencia de la violencia privada en ella y la feminización de la víctima.

La violencia política contra las mujeres

Nos recordaba Carrie L. Hamilton que el ejemplo más evidente es la violencia explícitamente sexista, como las «violaciones de guerra», que sabemos sucede en todas las guerras. No tenemos más que recordar las ocurridas en la guerra de los Balcanes, Ruanda, Iraq y tantas otras.

Aludía además a la conexión entre violencia pública, la de los conflictos armados, y la violencia que sufren las mujeres en sus casas. Aunque señalaba que esta conexión no ha despertado ningún interés por parte de gobiernos y organizaciones no gubernamentales, que conciben la paz o la «normalización» únicamente en el contexto de la esfera pública.

Sin embargo, en el País Vasco no hemos constatado un aumento de violencia en lo privado, paralela a los años en los que hemos sufrido el conflicto armado. Violencia de lo privado y violencia pública

Hamilton, en relación a la conexión entre ambas violencias decía que su nexo era más profundo que los claros ejemplos de violencia sexista. Compartía con otras feministas la afirmación relativa a que la guerra y los conflictos políticos en sí son fenómenos totalmente implicados en las relaciones de género. Es decir, que los valores y las ideas que sustentan la filosofía bélica responden a una ideología masculinista.

Hamilton citaba a Genevieve Lloyd, quien demuestra en un ensayo que los conceptos de ciudadanía y guerra —los dos terrenos tradicionalmente reservados a los hombres— están íntimamente relacionados. Es justamente el acto de la guerra, el acto público por excelencia, el que permite al hombre acceder a la ciudadanía, traspasando todo lo que significa el ser mujer.

Lloyd,^[3] en su ensayo sobre el yo, la guerra y la masculinidad, explica que la construcción masculina sobre la guerra es mucho más profunda que la idea de que es «de hombres» defender al débil. La masculinidad de la guerra se construiría dejando atrás lo femenino. Consistiría en el ser capaz de atravesar lo que la feminidad representa simbólicamente: el mundo de lo privado, la ley de la familia. En el acto de dejar todo eso atrás, el soldado se convierte en un verdadero hombre y en un ciudadano que defiende intereses realmente éticos y universales. Así, lo relacionado con el ser mujer sería lo que hay que superar para ser ciudadano.

A las mujeres, dice Hamilton (1998), se les ha negado el acceso directo a la ciudadanía en nuestra tradición, sin embargo se le asigna la llamada maternidad patriótica. En cualquier guerra o conflicto armado la figura de la madre sacrificando a sus hijos por la causa juega un papel simbólico muy importante. La mujer —sea la madre, la esposa, la novia o la hermana— representa simbólicamente el hogar o la esfera privada; justamente lo que hay que dejar atrás para acceder a lo público y poder ser un auténtico hombre y ciudadano.

En este sentido, concluye Hamilton (1998), la guerra o el conflicto político no sólo se identifican en nuestra sociedad con los hombres y con la masculinidad, sino que su identidad se construye en contraposición con lo privado y lo femenino. Por eso, la violencia política está tan imbricada en el ámbito privado como en el público y además está condicionada por las relaciones entre los sexos.

La feminización de la víctima

Si, como dice Hamilton (1998), el hombre tiene que sobrepasar la esfera privada, o lo femenino, para acceder a la ciudadanía, también tendrá que renunciar a lo femenino al enfrentarse al enemigo ya que éste, a nivel simbólico, también está representado en femenino.

Es decir, que aunque se aluda a la necesidad de defender a las pobres mujeres (o en términos simbólicos a la madre tierra) de hecho la guerra también consiste en destruir lo femenino. Esta feminización consiste en el acto simbólico de penetrar al enemigo. El soldado-héroe siempre es masculino y la víctima —que tiene que ser penetrada, dominada, vencida y conquistada— es femenina.

La metáfora de la penetración de la nación-enemigo tiene su equivalente material en el trato que recibe la población vencida, como se ve por ejemplo en las violaciones de guerra y también en la tortura. La sexualización de la tortura va mucho más allá de la tortura especial que padecen las mujeres. Incluso la tortura sufrida por los hombres tiene muchas veces un elemento sexual que indica que la dinámica entre torturador y víctima depende de una ideología masculinista y misógina. Según Taylor, para el torturador la víctima, independientemente de su sexo físico, se convierte en un objeto femenino, que tiene que ser penetrado y destruido (Hamilton, 1998).

C. Hamilton (1998) se refiere también a esas mujeres a las que hemos hecho antes referencia, mujeres y feministas que han cruzado esas falsas fronteras entre ellos y nosotros, para empezar a construir una política de paz. Considera que esas organizaciones de mujeres agrupadas a pesar de sus diferencias de nacionalidad, etnia o religión han resistido las ideologías masculinistas que las apartaban del terreno de lo público, convirtiéndose, añadiría yo, en sujetos políticos.

Quizá esas mujeres no sean por naturaleza más pacíficas que los hombres de su comunidad, pero podemos afirmar con Hamilton que su experiencia diaria, tanto en la esfera privada como en la pública, en un mundo violento y patriarcal (basado en el dominio de los hombres), les proporciona unas perspectivas sobre la paz que son, cuando menos, igual de válidas que las de los hombres que, en la mayoría de los casos, son los que inician y participan en la guerra.

Sin embargo, para recoger todos los aspectos de la realidad, habría que añadir que las mujeres alientan muchas veces a sus guerreros, adorando a sus héroes y justificando sus desmanes.

En Euskadi la reflexión feminista y la pacifista también han ido de la mano en un sector de las feministas más representativas. Así, en el año 1989 decía Regina San Juan:^[4]

El feminismo, aunque teniendo características comunes a otros movimientos, goza de otras propias, como enfrentarse a los conflictos superando planteamientos materialistas anteriores y proponiendo una forma de confrontación más humanizada (Lanbroa, 1992).

Decía también:

Combatiendo el Movimiento Feminista la violencia, como instrumento de poder del patriarcado, y, siendo éste base fundamental de un modelo de desarrollo, convierte el feminismo en alternativa radical al mundo basado en la desigualdad de sexos, convirtiendo a las mujeres en un elemento subversivo para el cambio de conciencias, paralelo al material, encaminándose al gozo y a la vida, que necesita la humanidad, dando un gran salto adelante de la hominización a la humanización (Lanbroa, 1992).

Respecto al papel del Movimiento de Liberación de las Mujeres frente a la violencia y el poder, decía la feminista bilbaína que es necesario constituir un movimiento amplio y fuerte, donde encontrando los puntos que nos unen podamos redefinir el mundo. Señalaba además que una de las cuestiones que nos separaba a las feministas era la posición ante la violencia como medio para nuestra lucha, camino que, desde su punto de vista, nunca podrá conducirnos a la paz puesto que la paz misma es el camino. Añadía que el propio movimiento internacional de lucha por la paz estaba compuesto en gran parte por mujeres, sin que esto supusiera la renuncia por parte de todas al empleo de la violencia, ya que su uso se consideraba justificado por una parte del Movimiento de Liberación de las Mujeres.

Respecto a la violencia patriarcal señalaba que todas conocíamos sus efectos sobre la vida de las mujeres, sin embargo, la utilización de la no violencia en las luchas y conquistas se había ocultado y marginado, cuando no ridiculizado. Asimismo, seguía su reflexión, respecto a la utilidad de los métodos violentos y no violentos:

Habría que decidir, qué ayuda a conseguir mayores transformaciones y a acercarnos más a nuestros objetivos, la respuesta a la agresión con la agresión o con una actitud de lucha no violenta que ayude a toda la gente, incluido el propio agresor, a tomar conciencia de su desmadre (Lanbroa, 1992).

La vida, decía, nos la jugamos en ambos casos, pero se trata de decidir a qué objetivo; morir matando es el mayor heroísmo masculino, de acuerdo, pero al mismo tiempo recrea el sistema y consolida la misma lógica; defender la vida, renunciando tanto al ataque como a la respuesta violenta ante el mismo, es, por el contrario, la única forma de que las mujeres erradiquemos la primera base del patriarcado y consigamos así, al fin, humanizarnos (Lanbroa, 1992).

Consideraba además que nuestros medios tienen que estar de acuerdo con los fines que tratamos de alcanzar, conseguir ese mundo no violento más habitable para nosotras a través de métodos violentos sería contradictorio porque exigiría la misma violencia para consolidarlo; no violenta ha sido, de hecho, la trayectoria general de nuestro movimiento (MLM). La razón del carácter no violento de nuestra lucha, se debía, en su opinión, a que estábamos especialmente capacitadas para ello: por ser las principales víctimas de la violencia, por haber estado siempre dando vida y cuidándola, porque destruirla significaría no valorar nuestra aportación ni a nosotras mismas, porque como todo oprimido tenemos que sacar de nuestra experiencia los instrumentos de nuestra

liberación y nuestra subcultura no incluye precisamente predisposición a la violencia y porque nuestra lucha se da con los hombres, con los cuales sería impensable una confrontación directa y además estamos unidas con ellos por relaciones de afecto, les amamos, añadía, a pesar de ser nuestros opresores diarios.

Para ella feminismo y pacifismo se complementaban y entremezclaban constituyendo una única filosofía. Así, defendía que:

La renuncia a la violencia, a la muerte, al exterminio del enemigo o la amenaza con el mismo, a la destrucción y la opción en cambio por la acción directa no violenta, por su carácter como forma de lucha y la conciencia que requiere, permite un control y una reducción efectiva de la violencia y ayuda a crear y desarrollar conscientemente elementos de cultura feminista, es decir, pacifista. Lo que suponía a la vez, condiciones para una gestión no violenta, para otra forma de poder, basado en la subversión individual, en la solidaridad/complicidad entre todas, en esa forma de participación de «una a una y todas juntas».

Las feministas enriqueceríamos, para Regina, la formulación de la lucha por la paz, imposible sin nuestra libertad: incorporaríamos todos los elementos específicos de nuestra situación, que suponen un planteamiento global, desde la reproducción hasta el poder, pasando por las relaciones afectivas, etc. es decir, la vida en su conjunto, que las otras formulaciones olvidan.

Ésta es una posición, que aun no siendo mayoritaria en el movimiento, ha tenido una profunda influencia en un sector de las feministas vascas.

Mujeres y procesos de paz: experiencias de mujeres frente a los conflictos

Es interesante recordar algunas experiencias políticas de mujeres, que rompiendo con los vínculos que las unían con «sus hombres», han tendido puentes con las mujeres de los «pueblos enemigos». Y es interesante hacerlo porque las experiencias políticas protagonizadas por mujeres parecen darse siempre de forma aislada, como si careciéramos de memoria histórica y empezáramos cada vez de cero. Y sin embargo nos podemos remontar al movimiento sufragista, en la época anterior a la Primera Guerra Mundial para conocer estrechas relaciones entre movimiento de mujeres y pacifismo.

En este sentido nos parece interesante destacar tres experiencias que se han producido en distintos momentos de la historia: las sufragistas ante la guerra, la experiencia antimilitarista de Greenham Common y las experiencias de mujeres tendiendo puentes ante diferentes conflictos contemporáneos.

Las sufragistas ante la guerra

En el libro *Antes muertas*, Jill Liddington (1984, 192-211) narra una iniciativa dentro del movimiento sufragista en el marco de la Primera Guerra Mundial. Refiere que el 31 de julio de 1914 la Alianza Internacional por el Voto de la Mujer, en la que participaban sufragistas de 26 países, incluidos los que se enfrentaron en la Primera Guerra Mundial, lanzó un manifiesto:

Las mujeres del mundo vemos con disgusto y aprensión la presente situación en Europa, que amenaza a todo un continente, e incluso al mundo entero, con los desastres y horrores de la guerra. En esta hora terrible, en la cual el destino de Europa depende de unas decisiones sobre las cuales no podemos influir las mujeres, y conscientes de nuestras responsabilidades como madres de la raza, no podemos permanecer pasivamente al margen. Aunque carecemos de poder político, hacemos un llamamiento a los gobiernos y a las fuerzas en el poder de nuestro respectivos países, para que eviten este amenazador desastre sin precedentes... Nosotras, mujeres de veintiséis países... pedimos que no se rechace ningún método de conciliación o arbitraje que pueda contribuir a solucionar las diferencias internacionales y evitar que la mitad del mundo civilizado se sumerja en un baño de sangre (Liddington, 1984).

Además narra que en el año 1915 se realizó un Congreso Internacional de mujeres en La Haya, en el que se reunieron más de mil delegadas llegadas de una docena de países. En este congreso simbólico e histórico se tomaron resoluciones que sentaron las bases de un Movimiento Internacional de Mujeres por la Paz. En ellas se reflejaba el compromiso contraído de seguir impulsando tanto la campaña a favor del voto, inspiradora inicial de la idea del Congreso, como la búsqueda de medios pacíficos para solucionar las disputas internacionales. Era preciso crear mecanismos de arbitraje internacional, donde deberían ser escuchadas las voces de las mujeres.

Una parte de las sufragistas consideraban que el sufragio para la mujer y la paz permanente irían siempre unidos (Liddington, 1982). Las feministas contemporáneas no hemos conocido ni aprovechado suficientemente las experiencias del Movimiento de Mujeres por la paz. Sus propuestas han resultado ser pioneras tanto en lo que se refiere a sus planteamientos teóricos como a sus métodos de lucha no violentos, de los que aprendieron líderes pacifistas como Gandhi.

Greenham Common: Una lucha antimilitarista con gran influencia

En nuestra historia más reciente, destaca la lucha llevada a cabo por mujeres en la base militar Greenham Common de Inglaterra contra el despliegue de armas nucleares. Su acción ha constituido un referente en relación a las luchas de las mujeres contra el militarismo.

Así, en el mes de marzo de 1982 después de un festival organizado por el Campamento de Mujeres por la Paz, más de 150 mujeres se encadenaron en grupos a cada una de las ocho entradas de esta base aérea. Constituyó la primera acción exclusiva de mujeres, de esta envergadura, en la lucha antinuclear. Las mujeres se instalaron en esta base durante meses y recibieron el apoyo mediante visitas al campamento de mujeres de todo el mundo.

Una de las participantes, Maggie Lowry (1984: 88-93), define así su vivencia:

No me encuentro aquí solamente porque no quiero que mis criaturas vivan bajo la amenaza de un holocausto nuclear, ni en busca de una oportunidad de vivir al margen del flagrante sexismo que me agredía en las calles de una bulliciosa ciudad. Estoy aquí porque me encoge el corazón pensar en la enorme locura de los hombres que se han dedicado a planificar la guerra en todos los tiempos. El tiempo es demasiado corto para perderlo reflexionando interminablemente sobre la inmensidad de la tarea que nos

aguarda, y las mujeres tampoco podemos desperdiciarlo sintiéndonos impotentes. ¡Mujeres, somos fuertes! Cada mujer, hombre, niño y niña debe unirse a nuestra tarea, y trabajando para que llegue el día en que todas y todos podamos compartir un mundo auténticamente en paz, empezaremos a vislumbrar una nueva era y un nuevo amanecer. Contamos con un arma muy poderosa. La verdad está de nuestro lado.

La acampada de mujeres en Greenham Common tuvo mucha repercusión en el movimiento feminista europeo y sirvió de modelo para otras experiencias como la que realizamos en los años ochenta en Zaragoza las feministas del Estado contra las bases «yanquis».

Mujeres tendiendo puentes

En nuestra historia más actual mujeres en diferentes lugares han tendido puentes frente a los conflictos políticos de sus países. Se trata de mujeres que han cruzado barreras y se han agrupado para construir políticas de paz, tanto en los Balcanes, en Irlanda del norte, en Israel como los territorios ocupados.

En los Balcanes e Israel existen mujeres autodenominadas «Mujeres de Negro», que han establecido puentes de diálogo entre ellas y realizado acciones conjuntas a pesar de pertenecer a diferentes nacionalidades, etnias y religiones. Estas mujeres se han resistido con éxito al intento de ser encerradas en sus casas. Han desafiado la «ley de la familia». Han sido capaces, de desarrollar una experiencia propia a favor de la paz, por encima del conflicto de los pueblos a los que pertenecen y por encima del enfrentamiento provocado por los hombres que detentan el poder en sus países.

Las Mujeres de Negro serbias se han agrupado para combatir tres ejes: sexismo, militarismo y nacionalismo. Han invertido el sentido de los cuidados, consolando a las víctimas de los excesos serbios. Los únicos héroes que reconocen son los desertores. Sus lemas son: «NO EN NUESTRO NOMBRE». «NO CON NUESTRO DINERO». «EJÉRCITO, NI DEL PUEBLO». En este sentido, consideran que hay que renunciar a los héroes propios y exigir responsabilidades por los crímenes cometidos en su nombre, a pesar de que ellas no estuvieran de acuerdo.^[5]

En el caso de Irlanda, durante las movilizaciones por la paz, se agruparon miles de mujeres católicas y protestantes en un solo movimiento social, cuyo éxito hizo ganar a las dos líderes, Betty Williams y Mairead Corrigan, el Premio Nobel de la Paz en 1976. Al comienzo del proceso de paz irlandés una coalición de mujeres nacionalistas organizó una conferencia bajo el título Estrategia de la Mujer por la Paz. Claire Hackett, una de las 150 participantes, se refirió a este momento como una reacción al temor de que el proceso iba a ser dirigido por hombres, de manera que las mujeres resultaran, una vez más, excluidas, y así debatieron sobre su participación en el proceso y sobre cómo garantizar sus derechos en la nueva Irlanda.

En 1996, con motivo de las elecciones a un nuevo Foro regional en el marco del proceso de paz se fundó la Coalición de Mujeres de Irlanda del Norte —NI Women's Coalition—,^[6] que nació para conseguir representación femenina en las negociaciones políticas dando voz a las mujeres —a nivel institucional— en la redacción del Acuerdo y un papel protagonista en la sociedad posterior al alto el fuego. Esto se produjo en un contexto en el que el número de mujeres representantes políticas en Irlanda era ínfimo,

situación que no ha sido corregida en gran medida hasta la fecha. La Coalición consiguió inicialmente dos delegadas. Aunque el número de votos alcanzara el 2%, la propia existencia de la Coalición influyó en los demás partidos, permitiendo que sus militantes mujeres asumieran un papel más relevante.

Ann Hoppe, de la Coalición de Mujeres de Irlanda, valoraba recientemente la influencia de la Coalición de Mujeres como decisiva,^[7] habiendo conseguido introducir cuestiones como el acercamiento de presos, cuando nadie lo había planteado, e introduciendo en la mesa de negociación la perspectiva de género, de manera que el acuerdo de Viernes Santo hubiera sido diferente sin su intervención. Su influencia se extendió a los otros partidos, a sus programas y a una mejor situación de las mujeres en las candidaturas.

Por último, hay que destacar las Mujeres de Negro israelíes, que nacieron en el año 1987 y trabajan conjuntamente con las Mujeres de Negro palestinas. Organizan vigiliadas una vez por semana contra la ocupación de los territorios palestinos, recibiendo por ello todo tipo de insultos. Denuncian la conversión de sus hijos en criminales de guerra y el aumento de los valores machistas en su sociedad. Prueba de ello ha sido la impunidad, hasta este momento, del presidente de Israel, ante las denuncias de violación.

Una experiencia vasca de los denominados pactos entre mujeres

En el año 1994 se celebraron las III Jornadas Feministas de Euskadi. En ellas, un grupo feminista de Donostia, reflexionando sobre el poder, consideraba que a pesar de haberse conseguido extender en la sociedad de forma significativa el feminismo, no se habían alcanzado unas mínimas cotas de poder. Se denunciaba, además, que bajo el carácter pretendidamente neutro de la política y el denominado interés común, se escondía lo que llamamos política masculina, es decir, la que consiste en que los hombres deciden, permaneciendo las mujeres excluidas de los centros de poder y del pacto social.

Proponíamos en esta ponencia, como prioritaria, la consecución de la misma capacidad de actuación de mujeres y hombres. A partir de esa reflexión nació PLAZANDREOK, plataforma de mujeres de Donostia, que agrupa a mujeres de distintas sensibilidades poniendo en común lo que nos une para hacer oír nuestra voz en la política, principalmente en la política municipal.

Respecto al conflicto vasco, y recogiendo la tradición feminista, desde Plazandreok siempre hemos defendido que la solución tiene que llegar a través del diálogo y la negociación. Hemos rechazado la fuerza como método de lucha; de hecho, nosotras no la utilizamos para luchar contra nuestros opresores y verdugos. Creemos que nuestra experiencia política debe ser aprovechada y que, ya que somos víctimas de los conflictos, tenemos que ser sujetos de su resolución. Ésa ha sido siempre nuestra posición y de hecho hemos reflexionado y debatido ampliamente desde nuestros comienzos sobre las relaciones entre violencia pública y privada y el conflicto de nuestro país.

Fruto de nuestras reflexiones, hace unos años, propusimos una iniciativa a mujeres integrantes de organizaciones mixtas^[8] en torno a las víctimas, de ambos lados, para debatir sobre la resolución del conflicto vasco. Pensábamos que desde nuestra condición de mujeres podíamos realizar una reflexión independiente y esbozar posibles soluciones o acercamientos entre las partes. Estábamos convencidas de que las mujeres, que

habíamos desarrollado en la historia experiencias como mediadoras, también podíamos jugar ese papel en Euskadi. Independientemente de que fuera por decisión propia o por imposición, el hecho de que hayamos ejercido de mediadoras es rescatable. Por eso nos dirigimos a las mujeres de las organizaciones antes citadas, y les propusimos cuatro puntos:

1. Cuáles eran los motivos por los que participaban en sus respectivas organizaciones.
2. Si a partir de su experiencia podían aportar algo que supusiera un cambio en las posiciones de las partes.
3. Qué les hubiera gustado que hicieran los otros grupos.
4. Qué hubieran estado dispuestas a negociar y a renunciar para que se resolviera el conflicto.^[9]

En este sentido, se puede apreciar que nuestra posición ha sido siempre la de acercar posiciones entre mujeres, poniendo en común lo que nos une y efectuando pactos que nos permitan intervenir en lo público. La propia existencia de nuestra plataforma es un claro ejemplo de nuestras convicciones. Por eso celebramos la constitución de Ahotsak, y aunque nos hubiera gustado participar en su iniciativa desde su comienzo, con el resto de organizaciones feministas, una vez invitadas a participar, nos incorporamos con entusiasmo esperando que Ahotsak se extienda como una mancha de aceite, para que el clamor de las mujeres de Euskal Herria consiga la resolución del conflicto armado y el avance en la eliminación de la violencia política y sexista.

Han existido otras iniciativas que, en mi opinión, han contribuido al nacimiento de Ahotsak. Así, hace un par de años, Bilgune Feminista, organización feminista de ámbito vasco, convocó un encuentro en el que invitó a las diferentes organizaciones feministas y a mujeres de diferentes partidos y sindicatos a debatir sobre la resolución del conflicto vasco. Entre las conclusiones de estas jornadas surgió la necesidad de aunar fuerzas y tender puentes entre las mujeres de distintas ideologías. También en la Segunda Conferencia de Paz celebrada por la organización pacifista Elkarri^[10] se invitó a mujeres de diferentes ideologías a reflexionar en común sobre el fin de la violencia.

Ahotsak: red de mujeres vascas

Como decía al principio, el pasado mes de abril se presentaba públicamente una plataforma de mujeres, Ahotsak, que agrupaba inicialmente a mujeres electas^[11] de siete organizaciones políticas (Partido Socialista de Euskadi, EHAK, Partido Nacionalista Vasco, Eusko Alkartasuna, Aralar, Izquierda Unida, Partido Socialista Navarro) y a mujeres de la ilegalizada Batasuna.^[12] Se invitó también a mujeres de los sindicatos existentes y a mujeres miembros de organizaciones feministas. Se constituyen a modo de red e incorporan a las mujeres a título individual. Aunque de momento agrupan fundamentalmente a las élites, ya que ha surgido desde mujeres que son parlamentarias y no desde la base de la sociedad, como en otras organizaciones pacifistas.

Han conseguido consensuar tres premisas, que para algunas es un programa de mínimos y para otras resulta de máximos. Éstas son:

1. La consecución de la paz es una exigencia colectiva y una prioridad política. Es también una tarea de todas y todos y no consiste únicamente en la ausencia de cualquier violencia. El concepto de paz desde nuestro punto de vista no está vacío de contenido, sino todo lo contrario. Para nosotras tiene que ver con la democracia, la justicia social, con un proceso de cambio que permita a la ciudadanía dar por concluidos conflictos históricos, cerrar una página en términos de derechos y libertades.

2. Todos los proyectos políticos se pueden y se deben defender. No hay que imponer ninguno. Hay que buscar un escenario democrático que permita y garantice el desarrollo y la materialización de todos los proyectos en condiciones de igualdad, por vías políticas y democráticas.

3. Si la sociedad vasca, la ciudadanía del País Vasco o Euskal Herria desean transformar, cambiar o mantener su actual marco jurídico-político, todos y todas deberíamos comprometernos a respetar y establecer las garantías democráticas necesarias y los procedimientos políticos acordados para que lo que la sociedad vasca decida sea respetado y materializado y, si fuera necesario, tuviera su reflejo en los ordenamientos jurídicos.^[13]

Esta iniciativa ha venido fraguándose desde hace algunos años. Aintzane Ezenarro (parlamentaria de Aralar y miembro de Ahotsak)^[14] nos cuenta que inspirándose en experiencias de mujeres de otros países, la idea surgió a partir de la Segunda Conferencia de paz organizada por Elkarrri, en la que mujeres de distintos partidos políticos vascos disertaron sobre el llamado conflicto vasco. Ellas reconocen que las expectativas creadas ante su intervención motivaron su deseo de profundizar y desarrollar la posibilidad de encontrar unos puntos comunes que les permitieran impulsar el proceso de paz de forma autónoma. Participan a título personal y han hecho coincidir su aparición pública con la declaración de tregua por parte de ETA.

Ezenarro refiere que su movimiento está en construcción, que de momento es un embrión y que apuestan decididamente por avanzar en el proceso de paz vasco, impidiendo su paralización y haciendo que sea irreversible. Suponen la inclusión de las mujeres en él. Quieren que su plataforma dé voz y protagonismo a las mujeres de Euskal Herria, incorporando a mujeres navarras y del País Vascofrancés. Se ofrecen también como mediadoras en el conflicto, aportando la pluralidad de sus opciones políticas. Plantea que su iniciativa es una más y complementaria a otros procesos que se están gestando en la sociedad vasca. Considera que las mujeres podemos aportar una mayor capacidad negociadora.

De momento, han consensuado esos tres puntos que antes aludía:

1. Llenar de contenido la paz, definiendo ésta no como ausencia de violencia sino como garantía de derechos y libertades.
2. Proponer un diálogo sin condiciones. Que se puedan defender todas las acciones.
3. Exigir el respeto a lo que la sociedad vasca decida.

Aunque al comienzo sus integrantes se reducían a mujeres miembros de partidos políticos con representación parlamentaria, más tarde incorporaron a mujeres sindicalistas y miembros de grupos feministas, proponiéndose actualmente seguir ampliando su plataforma. A partir del acto realizado el pasado 2 de diciembre de 2006 en el Palacio de Congresos Euskalduna de Bilbao se ha incorporado un gran número de mujeres, incluidas mujeres conocidas.

Ahotsak es una iniciativa que ha calado en gran parte de la sociedad vasca. Recientemente se realizaba desde el Gobierno Vasco una encuesta que incluía preguntas específicas sobre Ahotsak y el proceso de Paz. El Sociómetro Vasco publicado en noviembre de 2006 presentaba los siguientes datos sobre el conocimiento de la población vasca sobre el Colectivo Ahotsak.

Así, un tercio de la ciudadanía de la CAPV (34%) ha oído hablar del colectivo de mujeres Ahotsak (y los hombres han oído hablar de él más que las mujeres). Son unos pocos menos (30%) quienes han oído o visto algo sobre la declaración suscrita por este colectivo para contribuir al proceso de paz en Euskadi. En cualquier caso, la gran mayoría de la ciudadanía (94%) valora muy bien o bien que mujeres de diferentes ideologías políticas hayan conseguido ponerse de acuerdo sobre el proceso de paz.

Más aún, en relación a la participación de hombres y mujeres en las conversaciones, foros o mesas de diálogo que puedan constituirse durante el proceso de paz, las posturas están divididas casi por igual: un 47% cree que debería asegurarse que en ellas participaran tanto hombres como mujeres, mientras que otro 49% señala que no se debería tener en cuenta si quienes participan son hombres o mujeres.

La experiencia de Ahotsak supone el resultado de una negociación que ha dado lugar a un Pacto entre mujeres, pacto que, como me he referido antes, tiene precedentes en nuestra historia reciente. Estos pactos han permitido a las mujeres que los han llevado a cabo, jugar un papel protagonista en países como Irlanda, Liberia, Colombia, Argentina, en Israel y Palestina, en los países de los Balcanes... en todos ellos ha habido experiencias políticas de mujeres, que convirtiéndose en sujetos políticos en los diferentes conflictos, han incorporado a las agendas políticas, cuestiones, que sin su presencia no hubieran sido contempladas.

Como decía recientemente nuestra compañera Arantza Campos (2006):

Las mujeres juegan un papel vital en la resolución no violenta de los conflictos. A menudo son las primeras en arriesgarse e iniciar el diálogo entre comunidades divididas, cruzando las fronteras psicológicas y materiales y haciendo posible avanzar hacia la reconciliación... las mujeres tienen la libertad de proponer y llevar a cabo soluciones innovadoras ante los conflictos. Como extrañas a los valores patriarcales, pueden postular otros, buscar sus propias palabras y tratar de no transitar por los errores de los varones.

Espero que las mujeres vascas, aprovechando todas las experiencias, sepamos impulsar el proceso de paz y avanzar hacia la eliminación tanto de la violencia pública como de la privada.

* Este artículo no hubiera sido posible sin la ayuda de Eva Martínez, a quien estoy muy agradecida.

[1] Plataforma de mujeres políticas representantes de partidos a favor del proceso de paz en el Euskadi.

[2] Plataforma política de Mujeres de Donostia (Gipuzkoa). Más información en <http://www.euskalnet.net/plazandreok> y <http://plazandreok.blogspot.com>.

[3] Citada por Hamilton, 1998.

[4] Regina San Juan, que falleció en 1993, era integrante del Colectivo Feminista Lanbroa.

[5] Declaraciones de Stassa Zajovic en el Congreso *Mujeres Generando Paces* organizado por Emakunde y celebrado en octubre de 2006 en Donostia.

[6] La Coalición de Mujeres de Irlanda del Norte (NIWC-Northern Ireland Women's Coalition) ha sido disuelta recientemente.

[7] Declaraciones efectuadas por Ann Hoppe en el Congreso *Mujeres Generando Paces* organizado Emakunde en octubre 2006, en Donostia

[8] En concreto las organizaciones convocadas fueron Gestoras pro amnistía, Senideak, Denon Artean, Covite, Elkarrri y Gesto por la Paz

[9] Nuestra iniciativa fue bien acogida por las mujeres a las que nos dirigimos, pero a algunas de ellas sus jefes políticos no las dejaron acudir, tal y como ocurre ahora en Ahotsak con algunas mujeres de la derecha..

[10] ELKARRRI tuvo también a finales de los años noventa la iniciativa de crear un foro de mujeres para debatir y actuar frente al conflicto vasco. El Foro, probablemente inspirado en las experiencias irlandesas, tuvo una duración limitada principalmente porque no se consiguió la pluralidad que se pretendía entre las mujeres participantes.

[11] De los grupos políticos representados en la actualidad en el Parlamento Vasco sólo las parlamentarias del Partido Popular no forman parte de Ahotsak, aunque las participantes están a título personal en la plataforma.

[12] El documento de presentación estaba firmado también por mujeres pertenecientes a sindicatos y otras organizaciones. Desde entonces muchas mujeres y colectivos han dado su apoyo a la iniciativa.

[13] Texto íntegro del documento aportado por Ahotsak en su presentación pública (**Error! Referencia de hipervínculo no válida.**).

[14] Para la realización de este artículo ha sido entrevistada Aintzane Ezenarro.

Bibliografía

Campos, Arantxa (2006), «Reflexiones feministas sobre la paz» en <http://plazandreok.blogspot.com>.
Hamilton, Carrie (1998), «Violencia Privada y Violencia Política, Reflexiones teóricas y prácticas», Ponencia presentada en las Jornadas «Violencia política:

Reflexiones desde lo privado y lo público» organizadas por Plazandreok en noviembre de 1998. Lanbroa (1992), Cuaderno en homenaje a Regina San Juan, Mimeo. Liddington, Jill (1984), «La campaña de las mujeres por la paz», *Antes Muertas*,

Editorial laSal, Barcelona, pp. 192-211. Lowry, Maggie (1984), «Una voz de los campamentos de la paz», *Antes Muertas*,

Editorial lasal, Barcelona, pp. 88-93. Martínez Hdez, Eva (1999), «Hacia un proceso de paz paritario» en *Martxoaren 8*.

Ayuntamiento de Donostiako Udala, n. 2, pp. 8-9.